

Lewis Mumford

**LA CIUDAD
EN
LA HISTORIA**



Ediciones Infinito

Buenos Aires

nes de confluencia y terminales de exportación. Con esto con la disminución de población y de actividades en el interior del país, el cierre de minas, canteras y hornos locales y el uso decreciente de canteras, canales, fábricas pequeñas y molinos locales.

La mayor parte de las primeras grandes capitales políticas y económicas, por lo menos en los países del Norte, participaron de este proceso. Sucedió que no sólo ocupaban por lo común posiciones estratégicas, sino que también contaban con recursos especiales de explotación debido a su intimidad con los agentes del poder por medio de los bancos centrales y las bolsas que controlaban la dirección de las inversiones. Además, contaban con otra ventaja: durante mucho tiempo habían ido congregando una vasta reserva de miserables en busca de subsistencia, o sea lo que, con eufemismo, se llamaría mano de obra. El hecho de que casi todas las grandes ciudades nacionales se convirtieron *ipso facto* en grandes centros de explotación contribuyó a dar más impulso a la política de engrandecimiento y a la gestión de la ciudad.

5. Fábricas, ferrocarriles y tugurios

Los principales elementos integrantes del nuevo complejo urbano eran la fábrica, el ferrocarril y el tugurio. Por sí solos constituían la estructura industrial, expresión esta que simplemente sirve para describir un lugar de que más de dos mil personas estaban congregadas en un espacio que podía designarse con un nombre propio. Estos coágulos urbanos podían dilatarse cien veces, cosa que sucedió, sin adquirir más que una forma de las instituciones que caracterizan a la ciudad en el sentido moderno, es decir, un lugar donde está concentrado el legado de la ciudad, el que las posibilidades de contacto e interacción social confiere a un potencial más alto todas las actividades complejas de la ciudad. Excepto en formas disminuidas y residuales, faltaban allí los órganos característicos de la ciudad de la Edad de Piedra.

previó nada en materia de policía y protección contra incendios, inspección de servicios de agua y de alimentos, de atención hospitalaria o enseñanza.

Por lo común, la fábrica reclamaba los mejores lugares: en el caso de la industria del algodón, de las industrias químicas y de las industrias del hierro, generalmente los sitios próximos a una ribera; porque ahora se requerían grandes cantidades de agua en los procesos de producción, para abastecer las calderas de vapor, enfriar las superficies calientes y hacer las soluciones químicas y los tintes necesarios. Por sobre todo, el río o el canal desempeñaba aún otra función importante: constituía basural más barato y más conveniente para todas las formas de desperdicios solubles o flotantes. La transformación de los ríos en cloacas abiertas fue una hazaña característica de la nueva economía. Resultados: envenenamiento de la vida acuática, destrucción de alimentos, contaminación de las aguas en forma tal que no resultaban aptas para bañarse.

Durante generaciones enteras, los miembros de toda comunidad urbana "progresista" se vieron obligados a pagar la sórdida conveniencia del fabricante, quien a menudo entregaba sus preciosos subproductos al río, por falta de conocimiento científico o de la destreza empírica necesaria para utilizarlos. Si el río era un basural líquido, grandes montañas de cenizas, escoria, basura, hierro herrumbrado e incluso desperdicios, bloqueaban el horizonte con su visión de materia inutilizable, abandonada en lugar inapropiado. La rapidez del consumo competía en parte con la rapidez de la producción, y antes de que se tornara lucrativa una política conservadora de utilización del metal de desecho, los residuos informes eran arrojados sobre la superficie del paisaje. En el *Black Country* de Inglaterra las enormes montañas de escoria todavía hoy se levantan como si fueran formaciones geológicas. Esas acumulaciones de residuos disminuyeron el espacio vital disponible, echaron una sombra sobre la tierra, y hasta hace poco presentaban el insoluble problema de su utilización o traslado.

Los testimonios que fundamentan esta descripción son abundantes; a decir verdad, todavía se los puede examinar ocularmente en las ciudades industriales más antiguas del mundo occidental, pese a los esfuerzos hercúleos que se han hecho para limpiar sus cercanías. No obstante, permítaseme citar a un observador de antaño, Hugh Miller, el autor de *Old Red Sandstone*, hombre en perfecta armonía con su época, pero que no era insensible a las cualidades reales del nuevo ambiente. Miller se refiere a Manchester, en 1862:

"Nada parece más característico de la gran ciudad fabril, aunque característico en un sentido desagradable, que el río Irwell, que atraviesa

el lugar... El desventurado río —que constituye una corriente bastante bonita unas cuantas millas más arriba, con árboles que cubren sus riberas y densas orlas de juncos verdes que se extienden por sus bordes— se desprestigia no bien inicia su recorrido entre los molinos y talleres de impresión. Hay miríadas de cosas sucias que se le entregan para que las lave y a él se arrojan carradas enteras de venenos procedentes de la tintorerías y blanquerías para que se los lleve; las calderas de vapor descargan en él su contenido hirviente y las cloacas y los desagües sus fétidas impurezas; hasta que al final sigue su curso —aquí entre altos muros sucios, allá bajo precipicios de arcilla roja—, siendo ahora mucho menos un río que una inundación de estiércol líquido.”

Obsérvese el efecto ambiental del “apiñamiento” de industrias que el nuevo régimen tendía a universalizar. Una sola chimenea de fábrica, un solo horno, un solo taller de tinturas, producían emanaciones que el paisaje circundante podía absorber fácilmente; en cambio, veinte de ellos, en una superficie reducida, contaminaban irremediablemente el aire o el agua. De modo que las industrias inevitablemente sucias se volvieron, a causa de la concentración urbana, mucho más temibles que antes, cuando existían en escala más reducida y estaban más dispersas por los campos. Al mismo tiempo, las industrias limpias, como ser la fabricación de mantas, que todavía continúa en Witney, en Inglaterra, en la que el blanqueamiento y el encogimiento se efectúan al aire libre, en campos deliciosos, conforme con los viejos métodos rurales se hicieron imposibles en los nuevos centros. En éstos el cloro reemplazó a la luz del sol, y al saludable trabajo al aire libre que acompañaba, a menudo, los procesos anteriores de fabricación, con cambios de escenario así como de procedimientos que podían renovar el espíritu del obrero, le sucedió la embrutecedora rutina de un trabajo efectuado dentro de un edificio inmundo, encerrado entre otros edificios igualmente sucios. No es posible medir estas pérdidas en meros términos pecuniarios. No podemos calcular de qué modo las ganancias en materia de producción compensaron el sacrificio brutal de la vida y de un ambiente vital.

En tanto que las fábricas estaban, por lo común, instaladas cerca de los ríos o de las líneas férreas paralelas a los ríos (excepto allí donde un terreno llano invitaba a la dispersión), no se ejerció autoridad alguna para concentrarlas en una zona determinada, para aislar las industrias más nocivas o ruidosas que hubieran debido estar situadas lejos de las viviendas, o para preservar para propósitos domésticos las zonas contiguas apropiadas. Por sí sola la “libre competencia” determinaba la ubicación, sin que se considerara la posibilidad de un plan funcional; y el amontonamiento de las funciones industrial, comercial y doméstica prosiguió constantemente en las ciudades industriales.

En las regiones de topografía escabrosa, como ser los valles de la meseta de los Allegheny, podía producirse, en cierta medida, una distribución natural en zonas, ya que sólo los lechos de los ríos dejaban espacio suficiente para que se extendieran los grandes molinos; por más que esta distribución aseguraba que la cantidad máxima de emanaciones nocivas se desprendería esparciéndose por las viviendas en las laderas de arriba. En otro caso, las viviendas estaban situadas a menudo dentro de los espacios sobrantes entre las fábricas y los cobertizos y las estaciones del ferrocarril. Se consideraba una delicadeza afeminada prestar atención a problemas como los de la suciedad, el ruido y las vibraciones. Las casas para los obreros, y a menudo también las de la clase media, solían edificarse pegadas a una fundición de hierro, un establecimiento de tinturas, una fábrica de gas o un desmonte de ferrocarril. Bastante a menudo se las levantaba sobre tierras llenas de cenizas, vidrios rotos y desperdicios, en las que ni siquiera la hierba conseguía arraigar; también solían estar al borde de un vaciadero o de un enorme amontonamiento permanente de carbón y escoria: noche y día el hedor de los desperdicios, las lóbregas emanaciones de las chimeneas, el ruido de la maquinaria martillando o zumbando, acompañaban la rutina doméstica.

En este nuevo plan, la ciudad propiamente dicha estaba constituida por los fragmentos en añicos de la tierra, de extrañas formas y con calles y avenidas inconexas, que quedaban entre las fábricas, las vías férreas, las estaciones de carga y las montañas de desperdicios. En lugar de alguna clase de reglamentación o plan municipal, de carácter general, se dejaba a cargo del ferrocarril la definición del carácter y la determinación de los límites de la ciudad. Excepto en ciertas partes de Europa donde antiguas reglamentaciones burocráticas mantuvieron, por fortuna, las estaciones de ferrocarril en las afueras de la ciudad histórica, se permitió o, mejor dicho, se invitó al ferrocarril a zambullirse en el corazón mismo de la ciudad, creando así, en las más preciosas porciones centrales de la ciudad, una espesura de estaciones de carga y de cambio, sólo justificables económicamente en campo abierto. Estas estaciones cortaron las arterias naturales de la ciudad y crearon una valla infranqueable entre vastos segmentos urbanos; a veces, como en el caso de Filadelfia, una auténtica muralla china.

Así, el ferrocarril no sólo introdujo en el corazón de la ciudad el ruido y el hollín, sino también las instalaciones industriales y las viviendas degradadas que eran las únicas que podían prosperar en el ambiente por él engendrado. Sólo la hipnosis ejercida por una nueva invención, en una época enamorada sin sentido crítico de las nuevas invenciones, pudo haber causado esta caprichosa inmólación bajo las ruedas del

resoplante Juggernaut*. Todos los errores que podrían deslizarse en materia de diseño urbano fueron cometidos por los nuevos ingenieros de ferrocarriles, para quienes el movimiento de trenes era más importante que los objetivos humanos a los que estaba dirigido ese movimiento. La dilapidación de espacio en estaciones ferroviarias situadas en el corazón de la ciudad sólo sirvió para promover su más rápido ensanche exterior; y esto, a su vez, como producía más tránsito ferroviario, dio la sanción complementaria del lucro a las fechorías que así se cometían.

A tal punto se había difundido la degradación del ambiente, a tal punto se habían habituado a esto los pobladores de las grandes ciudades en el curso de un siglo, que hasta las clases más ricas, que teóricamente podrían proporcionarse lo mejor, hasta el día de hoy aceptan indiferentemente lo peor. Por lo que hace a la vivienda, las alternativas eran sencillas. En las ciudades industriales que se desarrollaron sobre bases más antiguas, se acomodó a los obreros inicialmente en casas de familia convertidas en casas de vecindario. En estas casas reformadas, cada cuarto daría albergue a una familia entera: desde Dublín y Glasgow hasta Bombay, la norma de un cuarto por familia se mantuvo durante largo tiempo. El hacinamiento en los lechos —entre tres y ocho personas de diferentes edades dormían en un mismo jergón— agravaba a menudo el hacinamiento en esas pocilgas para seres humanos. A comienzos del siglo XIX, según cierto doctor Willan, quien escribió un libro sobre las enfermedades en Londres, se había producido un increíble estado de corrupción física entre los pobres. El otro tipo de vivienda que se brindaba a la clase trabajadora constituía, en lo fundamental, una unificación de esas condiciones degradadas; pero tenía un defecto más, a saber, que los planos de las nuevas casas y los materiales de construcción no tenían por lo común nada del decoro original de las antiguas casas burguesas.

Tanto en las viejas como en las nuevas viviendas se alcanzó un grado tal de inmundicia como no se lo conoció, puede decirse, ni siquiera en la choza del siervo más abyecto de la Europa medieval. Resulta casi imposible enumerar objetivamente los detalles escuetos de este modo de alojamiento sin que recaiga sobre uno la sospecha de que exagera por malignidad. Pero quienes hablan con facundia de mejoras urbanas durante ese período o bien del supuesto ascenso del nivel de vida, re-

* Forma del dios Vishnu o Krishna, cuyo ídolo se guarda en Puri, en la India. En uno de los festivales de adoración al ídolo, el Rathayatra, la imagen es colocada en un carro especial adornado con pinturas obscenas, y es llevada por las calles. Existía la creencia errónea de que, en épocas anteriores, los devotos de Juggernaut se tiraban bajo las ruedas del carro para ser pisados por ellas. (N. del T.)

huyen los hechos concretos: generosamente atribuyen a la ciudad, en conjunto, los beneficios que sólo gozó la minoría más favorecida de la clase media, y encuentran en las condiciones originales esas mejoras que tres generaciones de activa legislación y una ingeniería sanitaria generalizada han creado finalmente.

En Inglaterra, ante todo, millares de nuevas viviendas para obreros, en ciudades como Birmingham y Bradford, estaban edificadas fondo con fondo (muchas de ellas existen todavía). Por lo tanto, de cada cuatro cuartos, en cada piso, dos carecían de luz o ventilación directa. No había espacios abiertos, excepto los escuetos pasajes entre estas hileras dobles. En tanto que en el siglo XVI constituía un delito, en muchas ciudades inglesas, arrojar basura a la calle, en estas primeras ciudades industriales era éste el método corriente para librarse de ella. La basura quedaba en la calle, por inmundas que fuera, "hasta que la acumulación inducía a alguien a llevársela para abono". Naturalmente, éste no faltaba en los nuevos barrios congestionados de la ciudad. Los retretes, de una suciedad indescriptible, estaban por lo común en los sótanos; también era cosa corriente tener pocilgas de cerdos debajo de las casas y los cerdos vagaban por las calles nuevamente, como no lo habían hecho en las ciudades grandes desde hacía siglos. Había incluso una deplorable escasez de retretes: el *Report on the State of Large Towns and Populous Districts* (1845) señala que "en una parte de Manchester, en 1843-1844, las necesidades de más de 7.000 habitantes eran servidas sólo por 33 letrinas, o sea, una letrina por cada 212 personas".

Incluso con proyectos de un nivel tan bajo, incluso con anexos tan inmundos, en muchas ciudades no se edificaba el número suficiente de casas; y entonces reinaban condiciones mucho peores. Los sótanos se usaban como viviendas. En Liverpool, la sexta parte de la población vivía en "bodegas subterráneas" y la mayoría de las restantes ciudades portuarias no se quedaban muy atrás; Londres y Nueva York rivalizaban de cerca con Liverpool; incluso en la década de 1930 había en Londres 20.000 viviendas subterráneas, calificadas, desde el punto de vista médico, como inadecuadas para ser ocupadas por seres humanos. Esta suciedad y esta congestión, malas en sí mismas, acarrearán otras pestes: las ratas que transmitían la peste bubónica, las chinches que infestaban las camas y hacían un tormento del sueño, las pulgas que difundían el tifus, las moscas que visitaban por igual la letrina en el sótano y la comida del bebé. Además, la combinación de cuartos sombríos y paredes húmedas constituían un medio casi ideal para el cultivo de bacterias, sobre todo considerando que los cuartos repletos de gente proporcionaban las posibilidades máximas de transmisión a través del aliento y el tacto.

Si la carencia de cañerías y de obras sanitarias municipales creaba espantosos hedores en estos nuevos sectores urbanos, y si la disposición de excrementos conjuntamente con la contaminación de los pozos locales significaba una difusión correlativa de la tifoidea, la carencia de agua resultaba aún más siniestra. Eliminaba la posibilidad misma de limpieza doméstica o de higiene personal. En las grandes capitales donde aún subsistían algunas de las antiguas tradiciones municipales en muchas zonas nuevas no se adoptaron las medidas necesarias para la provisión de agua. En 1809, cuando la población de Londres era aproximadamente de un millón de habitantes, sólo se disponía de agua en la mayor parte de la ciudad, en los sótanos de las casas. En algunos barrios sólo se podía abrir el agua tres veces por semana. Y si las cañerías de hierro hicieron su aparición en 1746, su uso fue limitado hasta que una ley especial exigió en Inglaterra, en 1817, que todas las nuevas cañerías maestras fueran de hierro, en el plazo de diez años.

En las nuevas ciudades industriales brillaban por su ausencia las condiciones más elementales de servicio municipal. A veces barrios enteros carecían hasta de agua de pozos locales. De vez en cuando los pobres iban de casa en casa, por los barrios de la clase media, mendigando agua, del mismo modo que podían mendigar un poco de pan durante una hambruna. Con semejante falta de agua para beber y para lavar no ha de extrañar que la suciedad se acumulara. A pesar de su suciedad los desagües abiertos representaban cierta abundancia municipal, en comparación. Y si este era el trato dado a las familias, no es necesario recurrir a los documentos para averiguar cómo lo pasaba el trabajador ocasional. Casas abandonadas, de títulos inciertos, utilizadas como casas de pensión, en las que en un solo cuarto se alojaban entre quince y veinte personas. En Manchester, según las estadísticas policiales de 1841, había unas 109 casas de pensión, donde personas de ambos sexos dormían entremezcladas; y había 91 casas de refugio para mendigos. "Playfair informó a la Comisión de Higiene de las ciudades, en 1842, que en todo el Lancashire sólo había una ciudad, Preston, que tuviera un parque público, y sólo una ciudad, Liverpool, con baños públicos."

para jardines. Pero, en cualquier punto que se considere, la diferencia sólo era de grado; el "modelo" había empeorado categóricamente.

No sólo ocurría que las nuevas ciudades eran en conjunto tristes y feas, con ambientes hostiles a la vida humana hasta en su nivel fisiológico más elemental, sino que también el hacinamiento *standard* de los pobres se repetía en las viviendas de la clase media y en los cuarteles de los soldados, es decir, entre las clases a las que no se estaba explotando directamente para lucrar. La señora Peel cita el caso de una suntuosa mansión del período victoriano medio en la que tanto la cocina como la despensa, la sala del servicio, el cuarto del ama de llaves y los dormitorios del mayordomo y los lacayos estaban situados en el sótano: dos cuartos al frente y dos cuartos en la parte posterior daban a un profundo sótano al fondo; todos los demás estaban "iluminados" y "ventilados" mediante ventanas fijas de vidrio situadas a gran altura en las paredes interiores. Formas correlativas de vivienda degradada se desarrollaron en Berlín, Viena, Nueva York y París, a mediados del siglo XIX. Las nuevas casas de departamentos para la clase media daban a patios profundos y sin aire que tenían casi todas las características de los sótanos, por más que técnicamente estuvieran sobre el nivel del suelo. Sólo las ciudades "atrasadas" se salvaban de estas infamias.

A juzgar por la oratoria popular, el margen de estos defectos fue escaso y, de cualquier modo, se los eliminó en el transcurso del siglo pasado, a través del avance incansante de la ciencia y el humanitarismo. Por desgracia, los oradores populares —e incluso historiadores y economistas que, teóricamente, se ocupan del mismo conjunto de hechos— no se han formado el hábito de estudiar directamente el ambiente; a esto se debe que ignoren la existencia de coágulos de degradada vivienda paleotécnica que subsisten hoy casi sin modificación alguna, en el mundo occidental, incluyendo casas que están espalda contra espalda, vecindarios con patios sin ventilación y alojamientos en subsuelos. Entre estos coágulos no sólo se cuenta la mayor parte de las viviendas para trabajadores edificadas antes de 1900; abarcan una gran parte de lo que se ha construido después, si bien la edificación más reciente evidencia mejoras en materia sanitaria. La masa subsistente de viviendas construidas entre 1830 y 1910 no representaba ni siquiera las normas higiénicas de esos días, y estaba muy por debajo de un nivel establecido con arreglo al actual conocimiento en materia de salubridad, higiene y cuidado de los niños, para no hablar de la felicidad doméstica.

"Tugurio, semitugurio y supertugurio: a esto se reduce la evolución de las ciudades." Sí, estas mordaces palabras de Patrick Geddes se aplican inexorablemente al nuevo ambiente. Hasta los críticos coetáneos más

revolucionarios carecían de normas auténticas en lo tocante a edificación y vivienda: no tenían noción alguna de hasta qué punto el ambiente de las mismas clases superiores se había empobrecido. Así, Friedrich Engels, con objeto de promover el resentimiento necesario para la revolución, no sólo se oponía a todas las medidas “paliativas” destinadas a proporcionar mejores viviendas a los miembros de la clase obrera; al parecer, Engels consideraba que, llegado el momento, el proletariado solucionaría el problema apoderándose de las espaciosas residencias de la burguesía. Semejante noción era cualitativamente inadecuada y cuantitativamente ridícula. En términos sociales, se limitaba a instar, como si se tratara de una medida revolucionaria, a proseguir el mezquino proceso que concretamente se había cumplido ya en las ciudades más antiguas, a medida que las clases más pudientes dejaban sus moradas originales y las dividían para que las ocuparan los miembros de la clase obrera. Pero, por sobre todo, la sugerencia era ingenua porque no advertía que las normas a las que se ajustaban incluso las residencias nuevas más pretenciosas estaban a menudo “por debajo” de las que eran convenientes para la vida humana, en cualquier nivel económico.

En otras palabras, ni siquiera este crítico revolucionario tuvo evidentemente conciencia de que las residencias de las clases altas eran, lo más a menudo, intolerables supertugurios. La necesidad de aumentar la cantidad de viviendas, de dilatar el espacio, de multiplicar los equipos y de establecer instalaciones comunales era mucho más revolucionaria, por sus exigencias, que una trivial expropiación de las residencias ocupadas por los ricos. Esta última noción no constituía nada más que un gesto impotente de venganza, en tanto que la primera exigía una cabal reconstrucción del medio social entero; una reconstrucción al borde de la cual parecería estar el mundo actual, si bien incluso países adelantados, como Inglaterra, Suecia y los Países Bajos no han discernido todavía todas las dimensiones de esta transformación urbana.

6. Casas de mala reputación

Pasemos a observar más de cerca estas nuevas casas para la clase trabajadora. Cada país, cada región, cada grupo de población, tenía su propio modelo específico: las altas casas de vecindario en Glasgow, Edimburgo, París, Berlín, Hamburgo y Génova; edificios de dos pisos, con cuatro, cinco y a veces seis cuartos en Londres, Brooklyn, Filadelfia y Chicago; vastas construcciones de madera —sin medios adecuados de escape en caso de incendio— en Nueva Inglaterra, por fortuna bendecidas con pórticos abiertos; o bien angostas casas de ladrillo en hileras, que todavía se aferraban a un viejo modelo georgiano de casas en hileras, en Baltimore.